

**Eva Illouz**

***Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo***

Buenos Aires, Katz Editores, 2007

Debemos estar agradecidos a la editorial Katz porque al fin podemos disfrutar en el ámbito hispanohablante de un libro de la socióloga marroquí Eva Illouz. En este caso, contamos con una interesante e importante recopilación de conferencias que la autora pronunció en Fráncfort unos años antes, que vienen a profundizar y aclarar asuntos tratados ya en otras obras más formales y sistemáticas, como *Consuming the romantic utopia*, de 1997, y *Oprah Winfrey and the glamour of misery*, publicada en 2002, de las que todavía no contamos con traducción a nuestro idioma.

Este conjunto de conferencias resulta atractivo y sugestivo porque no es una mera repetición de argumentos precedentes sino, muy al contrario, un continuo y serio diálogo con ellos, desembocando en significativos matices, variaciones o al menos llamativas correcciones. Puede ser interesante, asimismo, porque presenta conexiones entre diversas teorías sociales y algunas de las líneas de investigación que actualmente cuentan con gran resonancia en las ciencias sociales, vinculadas a cuestiones relativas a las emociones y la emocionalidad.

Pues bien, cada vez puede identificarse entre la espesura sociológica con mayor claridad un incremento en la propensión a ubicar las *emociones* en el centro mismo de sus análisis y debates, debido a que empieza a interesar conocer *cómo funciona* realmente «la energía interna que nos impulsa a un acto, lo que da cierto “carácter” o “colorido” a un acto» (p. 15). Sin duda este acercamiento hacia el mundo de las emociones no es una novedad total, puesto que, como la misma autora señala nada más comenzar, los grandes institucionalizadores de la sociología europea (Durkheim, Simmel, Weber, Marx...) ya trataron temas relacionados con esas cuestiones.

Sin embargo, hoy día el estudio sociológico de las emociones no es tangencial sino central, porque puede ayudarnos a comprender cómo se relacionan las dimensiones cognitivas y prácticas en los individuos cuando se encuentran en diferentes situaciones o marcos sociales, debido a que sentir una emoción supone aceptar prácticamente (o *en la práctica*) determinada concepción sobre cómo es el mundo y qué tiene valor. La sociología y las emociones tienen,

entonces, importantísimos vínculos, que permanecen a una distancia conveniente de las concepciones de las llamadas ciencias cognitivas, más tendentes a la naturalización (al «materialismo») radical, entablando deudas ineludibles con el pragmatismo de procedencia wittgensteiniana.

En este punto, parece obligado hacer especial mención a Pierre Bourdieu, ya que sin duda fue uno de los que más empeño puso en enclavar a la sociología en esta tradición de pensamiento, sobre todo con su cardinal noción de *habitus*. Y este texto de Illouz mantiene claramente un nexo de unión con esa noción, ya que la autora considera, al igual que el eminente sociólogo francés, que cualquier acción es en verdad una puesta en marcha de una disposición internalizada (in-corporada) prerreflexivamente a partir de las condiciones sociales de existencia. Y añade —o explicita con mayor intensidad— que ese procedimiento se lleva a cabo finalmente a través de una activación emocional. Es decir, entendiendo que las acciones no deberían concebirse como resultado de la intervención exclusiva del cálculo racional individual, ni tampoco como fruto de mecanismos neuronales, al menos en lo fundamental, sino como parte de un complejo proceso de fusión con las condiciones sociohistóricas de existencia a través de las emociones, aunque no sin conflictos ni contradicciones.

De este modo, Eva Illouz sostiene que en sus diversas (de/re)-construcciones el capitalismo ha llevado aparejada la construcción de una cultura emocional particular, y por eso se interesa en averiguar qué cultura emocional sobresale en la actualidad, y cómo puede relacionarse con el capitalismo. La socorrida metáfora del *Homo sentimentalis* ha sido la fórmula escogida para caracterizar a los individuos que engrosan esa nueva cultura emocional que domina el capitalismo, y que a grandes rasgos consiste en «una cultura en la que las prácticas y los discursos emocionales y económicos se configuran mutuamente y producen un amplio movimiento en el que el afecto se convierte en un aspecto esencial del comportamiento económico y en el que la vida emocional —sobre todo la de la clase media— sigue la lógica del intercambio y las relaciones económicas» (pp. 19-20).

Así pues, puede hablarse de que a lo largo del siglo XX, sobre todo en el último tercio y especialmente en EE UU, ha nacido un estilo emocional terapéutico, esto es, un nuevo modo de gestionar y de preocuparse por la vida emocional que implica una honda reorganización de las ideas del yo, de la vida emocional y de las relaciones sociales. Pero para que ese nuevo estilo emocional sea posible, parece indispensable el desarrollo paralelo de una serie de técnicas específicas que ayuden a comprender y manejar esas emociones. Y precisamente la primera conferencia incluida en el libro está dedicada, además de a la descripción de ese *Homo sentimentalis* que hace funcionar, no sin grumos y dificultades, a lo social, a señalar las fuentes ideológicas que más han colaborado en su configuración, que son, quiéranlo o no, todas aquellas que tienen como égida a la «terapia», como por ejemplo el psicoanálisis, la literatura de consejos y el feminismo.

Es bien conocido que los inicios del psicoanálisis se remontan a finales del siglo XIX, pero tampoco debe escapársenos que fue a comienzos del siglo siguiente, sobre todo después de la llegada de Sigmund Freud a EE UU para pronunciar las famosas conferencias Clark, cuando pasó a ocupar la primera línea de los debates científicos. No debe extrañarnos, por tanto, que el psicoanálisis haya contribuido directamente a la construcción de ese *Homo sentimentalis* del que habla Illouz, debido a que desde entonces la construcción del yo empieza

a situarse en la vida cotidiana, en la familia y, sobre todo, en la sexualidad (y aquí las referencias al primer volumen de la *Historia de la sexualidad* de Foucault son inevitables). Desde entonces, el yo pierde su evidencia teniendo que hurgar en situaciones cotidianas para encontrarlo, pues «el yo ordinario, terrenal, se hizo misterioso, difícil de alcanzar» (p. 26).

No obstante, hubo que esperar a que el lenguaje y el espíritu del psicoanálisis traspasasen las fronteras de la academia y preñasen a toda la literatura de consejos para que los principios sustentadores del psicoanálisis/psicología consiguiesen extenderse a la sociedad en general, convirtiéndose así en el vocabulario por medio del cual los individuos se comprenden a sí mismos, e iniciando lo que hoy suele denominarse la *psicologización del yo*. Particularmente interesante resulta la intrusión de este lenguaje terapéutico, fundamentalmente gracias a su divulgación/vulgarización en la literatura de consejos, en la empresa, puesto que cada vez es más frecuente que los criterios para la contratación posean una estrecha ligazón con habilidades comunicativas y reflexivas, creándose pues una nueva competencia social con traducción directa en una competencia profesional y reconocimiento social.

Como se dijo antes, el feminismo es, a juicio de Illouz, otro factor esencial que ha favorecido la formación del *Homo sentimentalis*, porque la emancipación requiere, o depende, de la toma de conciencia, con lo que la mujer se erige a la vez en sujeto y objeto de la terapia, en examinante y examinada; relacionando además la salud mental a la emancipación política.

Llegado este punto, Eva Illouz señala que el nuevo *Homo sentimentalis*, resultado de esa constante psicologización del yo, produce nuevas formas de sociabilidad y de vivir que fundan valores morales como la igualdad y la cooperación, y a la misma vez constituyen nuevas formas de control social. Esto quiere decir que las relaciones sociales, especialmente las más íntimas, y las emociones que necesariamente las acompañan sufren una potente racionalización al intentar conseguir la igualdad y un intercambio justo, y esa racionalización o intelectualización de las emociones mediante diferentes técnicas terapéuticas conlleva su destrucción o su clausura, porque obliga a un continuo distanciamiento de tales emociones, perdiendo así su capacidad para orientarnos de manera rápida en el mundo social.

Aquí radica la paradoja del lenguaje terapéutico: ofrecer técnicas específicas para tomar conciencia de las emociones con el objetivo de vivirlas plena y satisfactoriamente, unido a una legitimación subjetiva de los propios sentimientos; pero que en realidad se convierten en objetos externos al sujeto que deben controlarse y observarse, ayudando a que las relaciones puedan volverse mercancías intercambiables.

En la segunda conferencia, Illouz trata de advertirnos de que a pesar de que el psicoanálisis, el feminismo y la literatura de consejos colocaron el basamento para la existencia del *Homo sentimentalis*, estos elementos no encajan como la seda y tuvieron que deshacerse del determinismo freudiano, como también hiciera Jung, discípulo del aquél. Para ello recurrieron a la narrativa de la autorrealización, tan propia del *american dream* y tan extendida en las últimas tres décadas por la literatura de autoayuda, que se impone como un férreo imperativo, manteniendo una ceñida relación con la sexualidad (con lo que la ruptura con el psicoanálisis fue sólo parcial).

En esta nueva etapa se radicalizan los lazos con la salud, ya que quien no guíe su comportamiento en pos de la autorrealización, o tenga problemas a la hora de conseguirlo, será considerado simplemente un «enfermo»: alguien saludable equivale a alguien realizado a sí

mismo. Por esta misma razón aparecen, dice Illouz, múltiples instituciones que ofrecen una nítida representación de ese nuevo estilo emocional y que se afanan en hacerlo cumplir convirtiendo las emociones en objetos públicos que deben ser expuestos, debatidos y analizados, como ocurre en los grupos de apoyo, *talk shows*, grupos de rehabilitación, Internet, etc.

Hacerse a uno mismo y ser feliz es una tarea continua que consiste en ir «aprendiendo del sufrimiento», que ahora es parte constitutiva de la identidad. Así, en vez promover un incremento desmesurado de la felicidad como parece prometer, el *Homo sentimentalis* actual únicamente se encuentra con una multiplicidad heterogénea de formas de sufrimiento, puesto que en gran medida la autorrealización sólo está definida por sus disfunciones, en negativo.

La autora finaliza la segunda conferencia realizando un escueto seguimiento del profundo proceso de institucionalización del *Homo sentimentalis* mediante el Estado y el Mercado (p. 126 y ss.), al convertir la salud emocional en una nueva mercancía muy valiosa, capaz de producir nuevas clasificaciones de las personas porque su posición en el espacio social empieza a depender de su capacidad de desplegar este estilo emocional (*¿habitus?*) que acabamos de describir.

La tercera y última conferencia deja de lado esa labor más genealógica e intenta averiguar cómo se pone en práctica en un ejemplo muy interesante a causa de su evidente falta de corporalidad: las relaciones «amorosas» en Internet.

Illouz observa que las páginas web dedicadas a ofertar contactos amorosos exigen a todos y cada uno de los participantes la realización de un «perfil» de su personalidad, una versión digital de sí mismos, que luego se relacionará y cruzará con el resto de perfiles. Este ejercicio, consistente en responder a un cuestionario propuesto por la página web, exige de la persona un intenso proceso de autoobservación, reflexividad y autoclasificación —al aclarar sus gustos y preferencias, su personalidad...— que transforma al yo privado en una representación pública frente a muchos yoes privados.

Asimismo, aquellos usuarios que han mostrado coincidencias significativas en el perfil, pueden leer una autopresentación escrita con el supuesto fin de invitar a sorprender y agradecer; así como ver fotos con intenciones similares, a través de la cual la tecnología consigue corporeizar de alguna manera las relaciones. Sin embargo, tiene el efecto contrario, y también podría decirse que perniciosos, debido a que estas técnicas acarrearán la uniformidad y la estandarización en el uso del lenguaje y del aspecto físico. Todo ello no hace sino ontologizar la subjetividad, es decir, fijarla, atarla, limitarla a esos elementos teniendo destacadas consecuencias en la manera que tienen de vivir (gestionar) las relaciones sociales porque existe una agudización de la singularidad, se organizan fundamentalmente bajo la estructura del mercado (elección), sobre todo porque hay una nítida e inédita visualización del conjunto de la competencia (resto de perfiles) y ahora el conocimiento precede a la atracción, es decir, los otros son antes un conjunto de atributos más o menos atractivos que una presencia corporal.

Esta situación parece hacerse de mayor envergadura cuando pasamos a analizar los encuentros que resultan de estas páginas. Normalmente suelen ser bastante voluminosos, por lo que se establecen estrategias de coste-beneficio para poder manejarlos, intentando deshacerse de las personas «aburridas» y «poco atractivas», para fijarse exclusivamente en aquellas en las que el aspecto físico entra dentro de la norma y su personalidad por el contrario

«se salga», salga fuera de la norma, premiándose especialmente el cinismo o, lo que es lo mismo, la reflexividad con una pizca de crueldad o frialdad.

Como puede suponerse, esta experiencia se aleja bastante del amor romántico, o sea, de la espontaneidad, de la atracción sexual y el desinterés en el interior de una economía de la escasez; es más, esa racionalización de las relaciones íntimas, esa interacción textual descorporeizada y esa instrumentalización de las interacciones románticas dentro de una absoluta economía de la abundancia o del exceso acaba por destruir dicha experiencia del romance. En este punto, contraviene en algún sentido la tesis de su anterior libro *Consuming the romantic utopia*, en el que sostenía que hoy en día la experiencia del amor y del romanticismo no podía entenderse fuera del circuito del consumo y, en consecuencia, éste posibilitaba a aquélla. Illouz concluye, entonces, que Internet desata la fantasía pero inhibe sentimientos románticos por exceso de información (p. 217) y, seguramente, por extensión, debamos ampliar el radio de acción de estas conclusiones a otras muchas situaciones y campos sociales, o al menos investigar en tal dirección.

De manera que parece sensato, pues, interesarse en continuar limpiando, o más bien ayudar a construir, este camino básico para la sociología, como ya hicieran tantos otros; pero, eso sí, es necesario no quedarse en generalizaciones excesivas y, por el contrario, esmerarnos en desvelar certeramente aquellos diferentes mecanismos por los que los individuos dan sentido, consciente y sobre todo inconscientemente, a sus comportamientos, pensamientos y sentimientos; y cómo afecta todo ello a la manera en que se producen las relaciones sociales, tanto las más formales como las menos, como por ejemplo las amistosas. En definitiva, la lectura de este libro no sólo es recomendable sino que puede ser útil para conocer algunos de los trayectos por los cuales la sociología está comprometida en transitar.

JOSÉ DIEGO SANTOS VEGA  
*Universidad Complutense de Madrid*  
diegosantosvega@yahoo.es